

él y le cubrió de besos. Lorenzo sintió entonces dilatarse el corazón, echó los brazos al cuello de la señorita Sofía, y por espacio de largo tiempo se confundieron las lágrimas y las caricias de entrambos.

—Consuélate, chiquitín—le dijo por fin la tía entre dos besos;—ten un poco de paciencia y cuando estén acostados te traeré de comer.

III

A pesar del singular empeño que ponía Memmie Husson en rebajar á Lorenzo, llamándole á boca llena haragán y descuidado, es lo cierto que el niño demostraba excelentes disposiciones y figuraba entre los más aprovechados alumnos del colegio. Tenía inteligencia despejada, imaginación viva, gran memoria y notable aptitud y facilidad para el estudio. A más de cierta incipiente ambición, el deseo de sobreponerse y adquirir notoriedad le hacía apurar, sin pestañear, las amargas drogas de que suele estar saturada la copa de la ciencia clásica.

Era casi siempre el más aventajado de la clase, y contaba como fechas memorables y gloriosas etapas los días de adjudicación de premios.

Esta ceremonia se verificaba en el gran salón de la prefectura, adornado para el caso con banderas y

follaje. En el estrado, alrededor de la mesa atestada de libros y coronas, se hallaban los profesores, en traje oficial, y las autoridades de la población, mientras la anchurosa sala hormigueaba de gente, entre la que descollaban los padres y parientes de los alumnos, vestidos de día de fiesta. En los primeros bancos se exhibían las más hermosas damas de Jouvigny, y allá, al extremo, la música de la guardia nacional hacía estremecer la alta bóveda con los sonoros acordes de los instrumentos de cobre.

El sol de Agosto derramaba por las cuatro grandes ventanas guarnecidas de cortinas carmesíes una viva luz purpúrea sobre los fraques, los uniformes, los follajes y las caras atentas y curiosas de la muchedumbre.

Levantábase un profesor, con el cuaderno de los laureados en la mano, é iba proclamando en voz alta los premios. A cada nombre, soltaba la música sus armoniosas cataratas y la concurrencia sus calurosos aplausos.

Sentado en su banco, con el oído atento, inclinado el cuerpo hacia adelante, seguía Lorenzo, palpitándole fuertemente el corazón, la lectura del *palmaris*, y cuando, por fin, llegaba el profesor á la clase del niño, éste se ponía pálido y ni siquiera respiraba.

Oía de pronto proclamar su nombre; entonces saltaba por encima de los bancos, corría á recoger su premio y su corona, y en seguida, atravesando orgu-

llosamente la multitud, buscaba con la vista el sitio donde su tía Sofía se hallaba, anegada en dulces lágrimas de satisfacción, é iba á arrojarle á su cuello. Aún seguía abrazándola, cuando volvía á oírse pronunciar su nombre, y apenas le quedaba tiempo para volver al estrado, en tanto que resonaban los aplausos en todo el ámbito del salón y la música hacía sonar sus potentes instrumentos. Estos triunfos y estas ovaciones se repetían, en igual forma, hasta siete ú ocho veces en cada sesión.

La tía Sofía empapaba dos ó tres pañuelos, y parecía como confundida y ruborizada con los éxitos de su sobrino. Se hablaba de él entre la concurrencia, las madres le miraban con envidia; oía en torno suyo un coro de felicitaciones murmuradas en voz baja, y aquella hora de fiesta le indemnizaba y consolaba de todos los pescozones del huracán Husson, de todos los sermones de la tía Constanza y de todas las heridas de amor propio sufridas durante el trascurso del año.

¡Cuánto hubiera dado porquesu padrino el marqués hubiera podido verle en el esplendor de sus glorias! Pero M. de Rosières no había vuelto á presentarse después de la noche del baile, y la señorita Sofía evitaba, como por cálculo ó destreza, pronunciar su nombre.

Terminado el acto de la distribución, echaban á andar muy despacio por la calle del Bourg. Lorenzo,

agobiado con el peso de los libros y ensartadas todas las coronas en el brazo, caminaba altivamente al lado de su tía y se esponjaba de júbilo al sorprender fijas en él las miradas de los transeuntes.

Llegaban, por fin, á la puerta de la panadería, y aquel día dejaba Memmie Husson asomar una pálida sonrisa á sus melancólicos labios; contaba las coronas, tomaba á peso los libros y acababa por decir, á guisa de cumplido:

—Está bien, está bien; pero te has dejado quitar el premio de aritmética... Yo, en tu lugar, hubiera querido llevármelos todos.

Las oficialas abandonaban el taller para felicitar á Lorenzo, y á la tía Constanza, frotando contra la mejilla del sobrino su áspero y avinagrado rostro, exclamaba:

—Basta, señoritas, basta ya; no le atiforreis de enhorabuenas y elogios, que ya es él bastante vanidosillo, y el orgullo es uno de los pecados capitales.

Aquella tarde había *gandeamus* en casa de los Husson, se convidaba á las operarias y á los postres se brindaba en honor del sobrino de las maestras.

Los triunfos de Lorenzo se sucedieron por espacio de algunos años, sin verse empañados por ningún descalabro; su gloria universataria brillaba en pleno cielo sin la más ligera nube. Por cierto que Memmie Husson, con su carácter pesimista y con su propensión al menosprecio, no dejaba de insinuar que si

el chico era siempre el primero, se debía á que solo tenía que habérselas con zoquetes y holgazanes, y trataba de rebajar el orgullo del alumno contestando á los felicitantes:

—¡Bah! ¡en la tierra de los ciegos, el tuerto es rey!

Lorenzo no dejaba por eso de ir á la cabeza de los de su clase. Había cumplido doce años y entrado en el quinto de los estudios, cuando, á mitad de invierno, llegó un nuevo alumno á tomar puesto á su lado: un guapo chico, de porte elegante y esmeradamente vestido, llamado Alejo de Mauprie. Era hijo del pagador, había llegado de París con su familia y unía al aplomo y facilidad de expresarse que caracteriza á los parisienses, el genio avasallador y dominante propio de un niño mimado por padres ricos.

Veíasele presentarse en el patio del colegio, escoltado por un criado de librea; sus libros y cuadernos iban encerrados en una elegante cartera de tafilete; su camisa siempre limpia, su traje cortado á la última moda y las botas de charol, formaban un rudo contraste con los borceguíes atacados y el raído traje de su vecino el hijo del panadero.

Desde el primer día, deslumbrados los alumnos por aquel lujo y aquella pretenciosa jactancia parisiense, no tuvieron más remedio que declarar que era un muchacho guapo, bien puesto y despejado, y que Lorenzo había encontrado la horma de su zapato.

La predicción no se realizó por de pronto, porque

el nuevo alumno, á pesar de su desparpajo, no salía bastante airoso en sus traducciones ni parecía dotado de una feliz memoria.

Sin embargo, cierto sábado, después de una composición de historia, cuando el director hizo la calificación de puestos, se advirtió con sorpresa que Alejo de Mauprie figuraba con el número primero.

Lorenzo no acertaba á dar crédito á sus oídos, se puso pálido, y los alumnos, gozosísimos de verle, por fin, derrotado, no disimulaban su satisfacción, ni se ocultaban para burlarse de su fracaso.

Por lo que toca á Memmie Husson, cuando tuvo noticia de aquel descalabro, se contentó con arrugar irónicamente los repulsivos labios y murmurar estas frases:

—Así tenía que suceder; ahora que has encontrado un rival de formalidad, empiezan los tumbos.

Durante las siguientes semanas, recobró Lorenzo su primacía gerárquica; mas cuando llegó otra vez la composición de historia, volvió á ser derrotado por el hijo del pagador. Este segundo percance le causó una mortificación extraordinaria. Si se hubiera tratado de cualquier otro alumno, le habría importado poco; pero aborrecía á aquél Mauprie que le humillaba con su elegante atavío y sus aires de riqueza. Sentíase tanto más contrariado, cuanto que en los ejercicios diarios y hasta en historia demostraba el nuevo alumno una mediocridad lamentable; no pare-

cía sino que reservaba todas sus fuerzas y todos los recursos de su ingenio para la prueba de composición.

Esta particularidad se hizo sospechosa y dió en qué pensar á Lorenzo, quien se propuso, cuando llegó el martes, día de composición de historia, espiar y vigilar de cerca á su rival.

Por más que fuesen vecinos, cada uno de ellos ocupaba el extremo de un banco, quedando entre ambos un espacio vacío. A las nueve, Alejo, conociendo que Lorenzo no le quitaba la vista de encima, solo había escrito unas cuantas líneas en su cuaderno; mas de pronto, entreabrió su magnífica cartera de taflete, la colocó á guisa de pantalla entre él y Lorenzo y empezó á escribir con pasmosa rapidez.

—¿Será, tal vez, que está copiando?—pensó Husson indignado.

Aparentó hallarse embebido en su trabajo y siguió observando con el rabo del ojo á su camarada.

En efecto, Alejo copiaba algunas hojas arrancadas de un libro de historia griega y disimuladamente escondidas en los senos de su cartapacio. Rápido como un ave de rapiña, mientras el profesor se hallaba vuelto de espaldas, cayó Lorenzo sobre su vecino y se apoderó de las hojas impresas.

Mauprié se mordió los labios y se puso pálido.

—¡Bien seguro estaba yo—murmuró Lorenzo—de que copiabas!

—¿Y qué?—replicó el otro con no menos audacia—¿Estás por ventura encargado de fiscalizar á los demás?

El profesor se volvió, y advirtiendo la agitación de Lorenzo, exclamó:

—¡Señor Husson! ¿No sabéis que está prohibido comunicar con el compañero?... En castigo, me copiaréis cien versos.

—¡Tómame esa!—dijo Mauprié en voz baja y sonriendo con sarcasmo.

Lorenzo devoró en silencio su cólera; se respetaba demasiado para desempeñar el papel de denunciador, como le había insinuado su rival, pero pensó para sus adentros vengarse á la primera ocasión.

No era, en verdad, cosa fácil, encontrar una coyuntura favorable para ello, porque Alejo iba siempre escoltado por el criado de librea, lo mismo á la entrada del colegio que á la salida, sin separarse de él dos pasos.

Transcurrieron dos días; el siguiente era jueves, día de asueto y, por lo tanto, no había que esperar tampoco oportunidad para tomar el desquite. Por la tarde, Memmie Husson, que tenía que plantar algunos pinos en su cercado del camino de Fains, advirtió á Lorenzo que quería llevarle consigo para que le ayudara en su faena. La tía Constanza cortó de una hogaza un pedazo que entregó generosamente á su sobrino para la merienda, y como Lorenzo

insistiera en que aquel zoquete de pan seco fuera complementado con algun fiambre, se contentó aquella con recordarle en tono sentencioso aquel popular axioma:

—A buena hambre, no hay pan duro.

Estaba para terminar el mes de Abril.

En el campo, empezaban los pajarillos á entonar la overtura de la primavera.

Los árboles no habían completado aún su vestidura de follaje, pero los ojiacantos verdeaban en los flancos de las sendas y caminos, los almendros y albérchigos en flor extendían una especie de humo rosáceo sobre las vertientes de los ribazos, y las viñas estaban atestadas de ese jacinto de flores violáceas, que exhala tan suave olor de manzana.

El huerto de los Husson, situado á levante, se iba veleando por sucesivas mesetas hasta la cima de la costanera, desde donde se oía rodar los carruajes, con sordo ruido, sobre el guijo de la carretera. Por encima de los cuadros sembrados de legumbres y separados por arriates de primaveras y narcisos amarillos, se alzaba una caseta de tablas con una especie de cenador; y más allá estaba el jardín y un terreno baldío donde el panadero pensaba plantar sus pinos.

Después de haberle ayudado durante una hora á abrir hoyos, separóse Lorenzo de Memmie Husson y bajó hacia el cenador, desde donde se descubría el camino. Entregado á una soñolienta pereza, contem-

plaba los carros marchando en opuestos sentidos bajo la viva luz del sol y las reverdecidas praderas, por entre las cuales serpenteaba el río, azulado y fosforescente.

De pronto se enderezó, agitado de un estremecimiento nervioso, porque acababa de ver en medio del camino al objeto constante de su odio, á su antagonista Alejo de Mauprié, y por cierto que esta vez no iba acompañado, según todas las apariencias. El hijo del pagador vagaba indolentemente á lo largo de los setos y vallados, sacudiendo el ramaje con su bastoncillo y dándose aires de persona importante.

Al fin se le presentaba á Lorenzo la ocasión tan deseada de tomarse la justicia por su mano. En tres brincos bajó del huerto y cayó sobre el guapo Alejo, que estaba bien ajeno de aquel inesperado ataque.

—¡Aquí estamos solos los dos!—exclamó Lorenzo.

—¡Tenemos que arreglar una cuentecilla pendiente!

Mauprié, que se sintió grandemente desconcertado, trató de recobrar su serenidad, y contestó haciendo silbar su bastón.

En un abrir y cerrar de ojos, el lindo junquillo quedó hecho pedazos por mano de Lorenzo, quien cogió fuertemente por un brazo al bello Alejo y empezó á sacudirle y zarandearle como á un ciruelo cuando se le quiere hacer soltar el fruto maduro.

—¡Toma!—dijo aplicándole una soberbia bofetada.

—Esta por haber copiado, y esta otra—administrán-

dole la segunda—por los cien versos que se me impusieron injustamente.

Lorenzo se sentía muy satisfecho, y seguramente habría doblado la dosis, á no oír á su espalda una voz jadeante é indignada que gritaba:

—¡Espera, tunante; espera, malvado chicuelo!

Era ni más ni menos que el pagador en persona, un hombrón calvo y condecorado, que corría en auxilio de su primogenitura.

El escolar soltó su presa y tomó soleta á todo correr hacia el huerto; mas como Memmie Husson, atraído por las voces, había bajado hasta las inmediaciones de la caseta, Lorenzo se encontró cogido entre el panadero y el cobrador, que trepaba sofocado por las mesetas escalonadas del cercado.

—Señor mio—exclamó el hombre gordo, respirando ruidosamente tras de cada palabra,—vuestro hijo se ha permitido atacar al mio... Se ha arrojado cobardemente sobre mi niño, que ningún daño le había hecho...

—¡No es verdad!—dijo en son de protesta Lorenzo.

Pero el panadero le cortó la palabra. Memmie Husson estaba pálido como la cera:

—¡Bribón!—exclamó.

Y asíéndole por el cuello, le devolvió con usura las bofetadas con que había Lorenzo agraciado al joven Alejo. Tan cruelmente le golpeaba, que el pagador mismo intercedió para aplacar su cólera,

pareciéndole bastante la corrección sufrida. Se retiró magestuosamente, llevándolo de la mano á Alejo, que reparaba el desorden de su traje y volvía la cabeza para contemplar con malévola sonrisa el rostro descompuesto y la facha lastimosa de su agresor.

El panadero acompañó al funcionario público hasta la puerta del cercado, deshaciéndose en prolijas excusas, y después volvió hacia el sitio en que se hallaba Lorenzo, que, todavía embotado, permanecía inmóvil, apoyado en un cerezo.

—¡Vago! tunante!—comenzó á decirle con voz ahogada.—¿Es decir, que nada respetas?... ¡Ni aun al mismo hijo del pagador!... Por lo visto, te has propuesto arruinarme y deshonorar á tu familia, ¿no es eso?

—Me había robado mi puesto—respondió entre dos sollozos el niño—y había copiado su composición!

—¡Vaya un delito!... ¡Miren el arrapiezo, que quiere constituirse en juez!... ¿Estarás muy contento y satisfecho cuando todos mis parroquianos hayan abandonado la panadería por tu causa, chisgaravis, mequetrefe, granuja?

—Había hecho conmigo una injusticia—replicó valerosamente Lorenzo—y me he vengado. Estaba en mi derecho... y volvería á hacerlo ahora mismo si...

—No volverás á hacerlo hoy ni otro día—exclamó Husson furioso.

Y reparando en un cordel que estaba arrollado en

su plantador ó almocafre, le deslió rápidamente, y encarándose con Lorenzo, dijo:

—Como no quiero esponerme á pagar tus bestialidades, yo haré de modo que me dejes trabajar en paz.

Empujó al niño contra el tronco del cerezo y, á despecho de su resistencia, le ató sólidamente al árbol.

—Así estarás hasta la noche—añadió en un tono de voz burlescamente flemático, y se volvió con mucha tranquilidad á proseguir su plantación de pinos.

En un principio hizo violentos esfuerzos el niño para romper sus ligaduras; mas cuando hubo agotado sus fuerzas sin lograr desasirse, cayó en una especie de postración, y gruesas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas.

El cerezo estaba situado en un punto que dominaba el camino, de modo que los transeúntes podían ver desde abajo al infeliz Lorenzo, ignominiosamente amarrado á la picota y devorado en silencio su vergüenza.

Amargos y crueles pensamientos germinaban por vez primera en su cerebro, lacerándole el corazón... Había sido víctima de una maldad y se veía castigado por las culpas de otro... ¿No había, pues, justicia en el mundo?

Rebelábase todo su ser contra tan inicuo tratamiento, y, sin embargo, á despecho de su humillación y sufrimientos, sentía de cuando en cuando en su inte-

rior ciertas tufaradas de satisfacción. En todo caso, él había obrado con arreglo á su derecho, y ¡se consideraba muy por encima de los que habían cometido con él tan flagrante injusticia. No tenía nada que echarse en cara, y allá, en el fondo de su conciencia, experimentaba cierta íntima alegría y complacencia en menospreciar á este mundo estúpido, en que los justos son castigados y glorificados los culpables.

El sol descendía majestuosamente hacia el fondo del valle, tiñendo de un color purpúreo, con sus oblicuos rayos, el tronco del cerezo y formando una especie de aureola en derredor de los cabellos de Lorenzo. Los pinzones lanzaban alegres píos en el florido ramaje; los jornaleros y gente del campo pasaban sin cesar por el camino con el cuévano á la espalda ó el cesto al brazo. De pronto oyóse el ruido de un carruaje y el trotar de un caballo, y un elegante tilburi desembocó por la parte de la ciudad en la blanca y tersa carretera. Sentado al lado de un lacayo con librea, un hombre de figura simpática y de aspecto, todavía joven, con el cigarro en la boca y una flor en la solapa, manejaba por sí mismo las riendas y destacaba á los últimos resplandores del sol poniente su franco rostro y su ancho y saliente pecho.

El corazón de Lorenzo dió un salto, porque acababa de reconocer al bello marqués del baile de trajes, á M. de Rosières.

El tilburí avanzaba al trote, y al llegar casi fren-

te al cerezo, estiró el niño el cuello y abrió los labios como para gritar: «¡Padrino mio, soy yo, Lorenzolo... ¡Llebadme con vos!» Pero de pronto contempló su maltratado traje, la innoble cuerda que le agarrotaba como á un delincuente, y tuvo vergüenza de ofrecerse en tan deplorable situación á los ojos de aquel extraordinario padrino, que le hacía el efecto de un semidios descendido del Olimpo. Ahogó, pues, enérgicamente el grito de ¡socorro! próximo á escapar de su garganta, y M. de Rosières pasó, bien ajeno de suponer que estaba allí su ahijado, amarrado á un cerezo, á modo de espantajo contra los gorriones. Cruzaron las ruedas con sordo ruido la endurecida grava, de donde hicieron brotar algunas chispas las herraduras del caballo, y deslizóse rápidamente el tílburí á lo largo de la carretera.

Lorenzo le vió alejarse, disminuir progresivamente de volumen y desaparecer por último tras una nube de dorado polvo. Le pareció entonces que se veía abandonado de Dios y de los hombres, y sus lágrimas, un momento contenidas, corrieron de nuevo por sus ardorosas mejillas.

Aquel doloroso ejemplo de la iniquidad de los humanos juicios, tuvo por lo menos un buen resultado; despojó á Lorenzo de la vanagloria de los éxitos obtenidos en la adjudicación de premios, y abrió á su ambición horizontes más serios y positivos. Hasta entonces había sencillamente creído que la instrucción

abre todas las puertas y sirve para todo. Sus profesores así se lo repetían á porfía desde lo alto de la cátedra; y sin embargo, aquellos pobres regentes de colegio conocían mejor que nadie la poca solidez de aquella frase trivial, puesto que la instrucción les había conducido, al cabo de veinte años, al encierro de un oscuro establecimiento municipal. Mas no por eso dejaban de repetir, con apariencia de hombres convencidos y con aire sentencioso, la frase consagrada, y Lorenzo aceptaba sus palabras como artículos de fe. Quería llegar á la prometida meta, y desde el apogeo de su gloria humillar por su parte á los necios de la estofa de Mauprié. Por eso estudiaba con ardor y pasaba á la sazón los días de vacaciones en la biblioteca de la ciudad, instalada provisionalmente en una dependencia del antiguo colegio. Allí, entre las oscuras paredes cubiertas de libros, fue poco á poco haciendo conocimiento con los poetas griegos y latinos, á los que no había hasta entonces sacado el gusto, ó por lo menos no habían hecho más que estimularle el apetito las exiguas migajas masculladas en clase. Los griegos, especialmente, tenían para él el mágico atractivo de lo desconocido. Auxiliado por una traducción latina interlineal, había logrado leerlas en el texto, é insensiblemente se había abierto ante su inteligencia, como una revelación, todo un mundo ignoto de ideas imágenes y sentimientos, que le d slumbraron y aturdieron. Del fondo de

aquellos librotos que oían á polvo, con la pasta ennegrecida y apolillada, surgía, á manera de una fuente clara, fresca y luminosa, la poesía griega. Homero, Sófocles, Píndaro, desarrollaban ante su vista un espectáculo encantado; Aristófanes le alzaba del nivel de la tierra bajo el impulso de su potente aliento lírico.

Por la noche, en su zahurda, desde donde se abarcaba una gran extensión del estrellado firmamento, volvía á traer á su memoria los coros de las *Nubes* y de los *Pájaros*, y se imaginaba transportado á misteriosas cumbres: desde las cuales contemplaba «la sagrada noche, la tierra fecunda en frutos, el curso de los ríos y los mares mugidores...»

Cuando en el estío se internaba por los bosques inmediatos á la parte alta de la ciudad, saludaba con su poeta á «los montes velados de frondosa sombra y al pueblo afortunado de los pájaros...» Y le parecía que la Naturaleza se le revelaba por vez primera en todo el esplendor de su vigorosa fecundidad y de su florida magnificencia.

Aquellas asíduas lecturas hacían algo más que instruirle en las íntimas bellezas de la Naturaleza y en los poéticos ensueños de la mitología griega; puesto que á medida que crecía en edad, le iniciaban en otra clase de misterios y despertaban en él sensaciones nuevas que hasta allí habían dormido en el fondo de su organismo en estado embrionario, como los es-

tambres en el interior del botón todavía cerrado. El brillante colorido de la poesía griega hizo brotar de repente en su cerebro la idea del amor.

Acababa de cumplir dieciseis años, edad en la que, como dice Píndaro, «la generosa pubertad reposa en los párpados de las vírgenes y de los jóvenes.»

Por las noches, despues de la lectura, sentía invadido su organismo por una especie de fiebre primaveral que le acosaba hasta en lo más profundo de sus sueños, y algunas veces, en las horas de siesta del verano, al cruzar por el taller donde sus tías vigilaban la sección de oficiales y aprendizas, se sentía confuso y turbado. ¡Y á fé que era austero el taller de las señoritas Husson! A excepción de dos tiestos de balsamina, no había nada que alegrase el monótono desabrimiento que allí reinaba. En las desnudas paredes, una gran estampa de Epinal, representando las Vírgenes prudentes y las Vírgenes locas de la Sagrada Escritura, se ostentaba á guisa de saludable advertencia ociosa precaución, porque la mayor parte de las operarias estaban por su fealdad ó por su fé de bautismo á cubierto de todo riesgo de verter el aceite de sus lámparas. Sin embargo, entre aquella colección de feas, había dos ó tres aprendizas de nariz remangada y avisgado semblante, y cuando Lorenzo tropezaba con sus faldas, súbitos relámpagos de carmesí subían á las mejillas del colegial. Tenían aquellas chicas una manera de mirarle de reojo y

de cuchichear riendo, detrás de su labor, que le trastornaban el juicio.

Afortunadamente, sus poetas griegos le habían insuflado en la memoria tantísimas y tan dulces imágenes de ninfas de niveos piés y tersa frente forrada de violetas, danzando, al despuntar el alba, sobre el florido césped, que no podían aquellas chiclelas de manos coloradotas y lenguaje chavacano ejercer una verdadera impresión sobre sus sentidos. Necesitaba aquel delicado pagano, aquel amador del lujo de las formas elegantes, un ídel más exquisito y refinado, y buscábale lánguidamente á través de los senderos de los bosques y á lo largo de las avenidas bañadas sol. Pensaba que la soñada amante debía existir en alguna parte, ymeía su sueño con los sonoros versos de sus poetas, hasta tanto que la viese desarrollarse en plena realidad.

Cierto día de Junio, festividad del *Corpus Christi*, hallábase entretenido leyendo en su caramanchón, cuya ventanilla, de par en par abierta, permitía llegar hasta él las argentinas notas de las campanas de las tres parroquias que repicaban simultáneamente con motivo de la solemnidad del día. Las calles estaban alfombradas de boj, romero é hinojo, cuyo fresco aroma subía hasta su cuartocho, encaramado en lo más alto de la casa.

De pronto oyó los cánticos, todavía lejanos, de la procesión, que se adelantaba hacia la plaza de la Co-

rona, y asomó la cabeza por la ventana. En el centro de la plaza, y entre un revoltijo heterogéneo de verde ramaje, se elevaba un altarcito azul y blanco, formado de margaritas y acianos clavados en el musgo. A cada lado, y formando calle, veíanse alineados macetones con adelfas y granados, y todo á lo largo, hasta la calle de enfrente, aparecía el pavimento cubierto de un manto purpúreo de rosas y amapolas deshojadas.

El altar estaba ya cuajado de velas encendidas, y un tenue perfume de incienso y flores esparcía un místico olor por la atmósfera. La procesión llegaba lentamente al són de los sagrados cánticos, y en la calle, bañada de sol, se veían las largas filas de niños de la última comunión, los varones con sobrepellices y las niñas vestidas de blanco. Venía después el estandarte de la Virgen, sostenido por los vigorosos y castos brazos de la señorita Constanza, la más antigua de las congregantes del Rosario. Más lejos se divisaban, heridas por los rayos del sol, casullas bordadas y sotanas rojas, y por fin, allá, en último término, el centelleo de la custodia de oro, llevada por un sacerdote bajo palio carmesí, en tanto que batían marcha los tambores.

Cuando hubo llegado el clero frente al altar portátil, los niños y las niñas se formaron en derredor de las ramas verdes, y entonces alcanzó á ver Lorenzo, precisamente debajo de la ventana, cerca de una

adelfa de gran tamaño, á una niña de trece años, envuelta en tules, cubiertas por blancos guantes las manos cruzadas sobre su devocionario, el rostro destacándose bajo los alisados bandós de su cabello castaño, y los ojos alzándose distraídamente hacia los balcones de las casas.

En la posición que ocupaba, no podía Lorenzo verla sino de perfil; pero así y todo, parecióle que hasta entonces no había visto en parte alguna tan linda cara femenina. No era ya niña, ni había llegado todavía á ser mujer; sin embargo, en su límpida mirada, en sus delicadas facciones y en sus diminutos labios, se reflejaba ya cierta expresión de grave seriedad, y su gorrita de tul y su velo, largo la daban el aspecto de una mujercita.

Lorenzo no tenía ojos sino para ella, y ansioso de mirarla más de cerca, bajó precipitadamente al taller, á la sazón desierto. Allí, oculto tras las macetas de balsamina, se encontraba solamente á algunos pasos de ella, y podía distinguir con facilidad las correctas líneas de su bello perfil y hasta el color castaño claro de sus ojos.

En aquel momento el sacerdote daba la bendición, inclinábanse á tierra los estandartes, batían marcha los tambores, y de todos los canastillos de las niñas volaban puñados de hojas de rosa, que parecían, girando en aquella atmósfera de luz, ejércitos de encarnadas mariposas. Lorenzo, maravillado y trastor-

nado, sentía, por su parte, que se le escapaba el corazón, cual mariposa que sale de su crisálida, y que que echaba á volar, juntamente con las deshojadas flores, hacia la blanca niña del largo velo de tul. Ahora ya no había duda; aquel era el soñado ideal, que se le aparecía en medio de aquella fiesta casi pagana. Y mientras todas las cabezas se inclinaban bajo la bendición del anciano sacerdote, Lorenzo se prosternaba en espíritu á los piés de aquella hermosa niña.

Los estandartes volvieron á ponerse en marcha, pero Lorenzo seguía en su estático desvanecimiento, hasta que oyó de pronto una voz de mujer—la de una segunda maestra del colegio Papillón—que interpe-
laba á la niña:

—¡Vamos, Valentina, pronto, á vuestro puesto!
¡Se llamaba Valentina!... Lorenzo no cabía en sí de gozo al saber su nombre; mientras desaparecía la procesión por la calle inmediata, asaltáronle tentaciones de precipitarse fuera de la casa para recoger como santas reliquias las matas de romero y las hojas de rosa que cubrían el sitio donde estuyo la niña arrodillada.

IV

Un ardiente sol de Julio, cayendo á plomo sobre los viñedos de Corottes, hacía cantar á millares de